

MISA DE LAS SANTAS
PARROQUIA DE SANTA MARÍA DE MATARÓ
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
27 de julio de 2008
1R 3, 5.7-12; 2C 4, 7-12.5, 8-10; Mt 13, 44-52

Rd. Sr. Rector, Rd. Sr. Vicario episcopal, sacerdotes y diáconos concelebrantes,
II. Sr. Alcalde, H. Sra. Consejera y dignísimas autoridades,
Queridos hermanos y hermanas todos en el Señor:

En la primera lectura, hemos oído cómo Dios alababa a Salomón porque no le había pedido ni larga vida, ni riqueza, ni tampoco un castigo para sus enemigos, sino *discernimiento* para entender la Palabra de Dios y así poder distinguir *el bien del mal* y actuar con *justicia*. Es, también, lo que nos hace falta a nosotros para entender y hacer vida las parábolas que acabamos de escuchar; y para tener la alegría de la que habla Jesús en este fragmento del Evangelio que hemos leído. No es fácil, sin embargo, en nuestro contexto social, descubrir que *el Reino de los Cielos es un tesoro* y que hay que desprenderse de todo para tenerlo. No es fácil considerar que *el Reino del cielo es una piedra preciosa* y que, después de experimentar la alegría por el hallazgo, vale la pena venderlo todo para poder comprarla. Este hallazgo del *Reino de los Cielos* quiere decir haber descubierto la soberanía de Dios sobre el mundo y, por lo tanto, quiere decir haber descubierto el Evangelio de Jesús como fuente de vida, de alegría, de sentido, de esperanza. Y quiere decir, todavía, haber descubierto que la Iglesia, a pesar de los pecados y las limitaciones de sus miembros, es el lugar ordinario donde se encuentra el *campo*; el lugar donde está el *tesoro* para cada persona y la causa de la felicidad más honda; quiere decir haber descubierto, por lo tanto, que la Iglesia es el lugar normal de inserción en el *Reino de los Cielos*.

Muchos de nuestros contemporáneos, hasta de nuestros familiares y amigos, no creen que valga la pena dar nada para conseguir el *Reino*. Ni ven que una vida según el Evangelio pueda ser la fuente de la alegría que todo el mundo busca. Al contrario, piensan que la Iglesia, no solamente no aporta la alegría, sino que es difusora de una doctrina que comporta represión, pesimismo y miedo. Para empezar, nos hará bien, por lo tanto, a nosotros, cristianos, preguntarnos, ante la decisión valerosa de las mártires que hoy celebramos, si consideramos nuestra fe cristiana como un *tesoro* que hemos encontrado, si la consideramos una fuente de alegría y una luz que nos ayuda a distinguir *el bien del mal*, una luz que nos libera y nos orienta en el pluralismo ideológico de nuestra sociedad, que no siempre sabe distinguir adecuadamente qué está bien y qué está mal. También nosotros podríamos caer en la visión negativa de la fe cristiana, asediados como estamos por tantas posiciones opuestas y críticas. O bien, incluso podríamos tener la tentación de ceder a la comodidad de no tener que dar nada a cambio de pertenecer al *Reino*. Por eso, como Salomón, tenemos que pedir que Dios que nos dé *la gracia de saber escuchar* para saber *discernir el bien del mal* y poder vivir según *la justicia* del Evangelio, que es tanto como decir, vivir según el querer de Dios.

Estáis celebrando los mil años de la parroquia de Santa María. Mil años, como mínimo, de continuidad de una comunidad cristiana arraigada en este sitio que ha dado origen a la ciudad. Hace mil años que aquí hay cristianos y cristianas que han recibido la fe como un *tesoro*, que han procurado vivirla con coherencia y con alegría haciendo *el bien* y venciendo el mal; mil años en que muchos de vuestros antepasados han tenido la fe cristiana como primer valor y no han antepuesto nada, incluso cuando ha hecho falta lo han antepuesto a la vida corporal.

Pero la presencia cristiana en este lugar, como ya sabéis, viene de más antiguo. Vuestra Fiesta Mayor de Las Santas nos trae la memoria de Santa Juliana y Santa Semproniana y, por lo tanto, la primera evangelización de nuestro país -con personalidades como la de San Félix de Gerona y San Cugat (del cual hoy se celebra la fiesta) o Santa Eulalia--; nos trae a la memoria el compromiso cristiano que pedía la fe cristiana en un contexto pagano, con la incompreensión social que a veces suponía y el riesgo de la vida que podía comportar. Ellas consideraron el descubrimiento de Jesucristo y la luz de su Evangelio como un *tesoro* al cual no tenían que anteponer nada, ni siquiera su vida. No estaban en absoluto hechas de una pasta diferente de la nuestra. Tenían sus cualidades y sus debilidades. Seguro que, como san Pablo, en el texto que hemos leído, eran conscientes de que llevaban este *tesoro en vasijas de barro*. Llevaban el *tesoro* de la fe y de la gracia en la debilidad del cuerpo y de la psicología humanas. A causa de su fe se vieron perseguidas, eso les supuso llevar en su *cuerpo las señales* de la pasión de Jesús. Sin embargo, también, eran conscientes -y por eso perseveraron hasta el final- que en su *carne mortal* se manifestaba *la vida de Jesús*. Por eso, en el momento de *emigrar del cuerpo* a través del martirio, a pesar de las dificultades y los sufrimientos, aceptaron la muerte -es decir, *ir a vivir con el Señor*-- y así recibir de él la corona, la participación de su victoria y de su alegría pascual en la comunión del cielo.

Desde allí os son patronas, protectoras por medio de su intercesión unida a la de Cristo; lo son tanto de la comunidad cristiana que vive en Mataró como de toda vuestra ciudad. Por este patronazgo, hacéis fiesta cada año, agradeciendo su solicitud fraterna hacia vosotros, alabando su firmeza hasta la muerte y renovando vuestra plegaria dirigida a ellas por vuestras necesidades y las de todos los ciudadanos, sea cuál sea su fe. Y hacéis bien. Hacéis bien en celebrar, en esta oportunidad, un culto solemne al Dios Trinidad que os las ha dado como patronas y modelos en su designio de amor sobre vosotros; un culto que comporta una parte musical muy característica y que habla tanto a vuestro corazón. Sin embargo, por más que eso esté muy bien, no es suficiente con recordarlas, honrarlas, darles gracias, o suplicar su ayuda. Hace falta que imitemos su testimonio, como lo ha imitado la comunidad cristiana de Mataró a lo largo de los siglos. Celebramos unas santas mártires. Es decir, unas mujeres que fueron testigos radicales de Jesucristo en un ambiente hostil, y que lo fueron hasta el don de la vida.

Nuestro contexto es muy diferente del que ellas vivieron. Pero el tesoro de la fe que hemos recibido y la alegría que esta fe suscita en nosotros, los tenemos que testimoniar en nuestros días. Primero en el interior de la misma comunidad cristiana, buscando una vida fraterna cada vez más intensa centrada en el amor y en la ayuda mutua; haremos atrayente la fe cristiana si todo el mundo ve que nos amamos y que sabemos vivir la unidad en la diversidad. Sin embargo, tampoco, tenemos que tener miedo de testimoniar en nuestra sociedad, que en buena parte es postcristiana, nuestra fe, nuestras convicciones arraigadas en la palabra del Evangelio, incluida la visión de la persona humana y de las relaciones sociales que se derivan. Tendremos que hacerlo, a veces, en un contexto indiferente e incluso contrario a la fe y a la visión trascendente de la realidad, contrario también a la Iglesia. Es aquí donde tenemos que aprender de nuestras Santas la fidelidad en la adversidad, la valentía y la convicción. Sin imponer nada, pero haciendo atractiva la belleza de la fe cristiana a los que no la comparten. Estando abiertos a todo el mundo con respeto y colaborando comprometidamente con los que tienen otras convicciones religiosas o no son creyentes, en la construcción de una sociedad más justa y solidaria, en la cual se borren todas las formas de marginación y de pobreza. Los cristianos, sin embargo, estamos convencidos de que el Evangelio es Buena Noticia para todo el mundo, por eso es la hora del testimonio cristiano ofrecido a todo el mundo como un servicio. Para

que podamos construir una ciudad humana próspera y abierta a todas sus potencialidades, hace falta que todo el mundo aporte lo mejor; también, por lo tanto, la visión cristiana de las cosas. Ésta es la laicidad bien entendida que tenemos que favorecer en el momento actual. Con la gracia, pues, de esta eucaristía, con la ayuda de la plegaria intercesora de santa Juliana y santa Semproniana, ayudados por una comunión eclesial convencida, tenemos que ser testigos jubilosos de Cristo en la sociedad actual; jubilosos, humildes y desacomplejados. A pesar de lo que puede parecer a veces, las personas de nuestra sociedad no están secularizadas; de una forma u otra todo el mundo tiene una búsqueda religiosa en el fondo del corazón, que es otra cosa sino una sed de amor, de felicidad, de infinito, y, por lo tanto, de Dios. Y nosotros sabemos que eso sólo puede ser saciado por Jesucristo. Ofrezcámoslo a nuestra sociedad plural e inquieta por tantas cosas como un servicio jubiloso y constructivo.